

Cardoso Pires: la reconstrucción de la derecha en Portugal

JOSE Cardoso Pires ha colaborado más de una vez en las páginas de TRIUNFO. Resistente en la clandestinidad, independiente de izquierdas después del 25 de abril, ha publicado un libro —que ha conocido numerosas traducciones— titulado "E agora, José?", en el cual, dentro de una amplia meditación sobre el Portugal de después de la revolución, se incluye el estudio, muchas veces reproducido, "Técnica del golpe de censura". Es un novelista de gran categoría: conocido en España por sus novelas "El Delfín" y "El huésped de Job", publicadas por Seix y Barral. Hemos conversado con Cardoso Pires acerca de la situación general en Portugal. Lo que sigue es un resumen de esa conversación.

TRIUNFO.—¿El nuevo Gobierno significa una escala de las derechas?

CARDOSO PIRES.—Significa eso, pero en términos más sólidos y programados que en los Gobiernos anteriores. Digamos que es una aceleración sin ambigüedades del proceso de recuperación derechista.

T.—¿Qué diferencias hay entre Nobre da Costa y Mota Pinto?

C. P.—Nobre da Costa era un tecnócrata de formación científica anglosajona; un laborista en el esquema de la aristocracia industrial, si se puede decir así. Mota Pinto, no. Viene de la Universidad de Coimbra, donde tiene cátedra y círculos de influencia. Y, ya se sabe, entre la vía democrática y el autoritarismo legalista de los continuadores del "Portugal velho", prefiere la última alternativa. Podrá dar dividendos menores a medio plazo, pero es más prudente y menos sobresaltado. Sé poco de él: que es un "hombre del Presidente". Pero las primeras declaraciones que hizo en público me inquietaron. Un cierto tono de discurso, ¿comprende? Una cierta sintaxis que hacía recordar los líderes "providenciales" y donde el sujeto del discurso es deliberadamente indeterminado para confundirse con el todo del poder. No considero este aspecto como una diviación literaria. Cuando Mota Pinto, para comunicar con el país, confunde el "yo" con el Estado y utiliza un estilo ex cátedra, altanero e impositivo, y cuando en su discurso se revela como aquella ordenación burocrática que intenta transmitir una sensación de método y de autoridad constituida, es natural que nos inquietemos. Son signos conocidos, componentes estructurales de un raciocinio político que fue practicado en Portugal durante unas decenas de años. Después enunció el progreso de la contrarreforma agraria que había iniciado el Gobierno anterior. El simple hecho de haber elegido para la cartera de Agricultura al mismo ministro que en el Gobierno anterior había devuelto a los latifundistas los territorios de las cooperativas socializadas, demuestra que está dispuesto a ir más allá en ese desafío abierto.

T.—¿Qué otros proyectos del Gobierno tienen este mismo sentido?

C. P.—Hay otros capítulos que por ahora aparecen como simples tramas a desarrollar. Como las primeras desnacionalizaciones, por ejemplo. No las desnacionalizaciones de la Banca, porque ya en la situación actual los créditos favorecen a los beneficiarios del antiguo régimen. Me refiero a ciertas empresas socializadas que han acumu-

lado hasta ahora inversiones estatales para superar los falsos juegos financieros puestos en claro el veinticinco de abril. Me refiero también a otros aspectos y a otros sectores: por ejemplo, cuando Mota Pinto apunta como acción programática la lucha contra los marginales, o cuando invoca, en términos vagos, un nacionalismo cultural. Estos argumentos son demasiado conocidos de los portugueses. Metáforas. Metáforas políticas. Bajo la cobertura de la cruzada contra los antisociales puede desencadenarse la represión ideológica, como sucede en el Brasil. Y en nombre del nacionalismo cultural también se ha producido muchas veces el **stress** de la censura y del dirigismo de la información y de la enseñanza. Tales metáforas vendrían en refuerzo de las presiones indirectas de la Iglesia contra la programación democrática de la enseñanza de que actualmente disponemos.

T.—¿Qué otros signos encuentra en Portugal de la "recuperación derechista"?

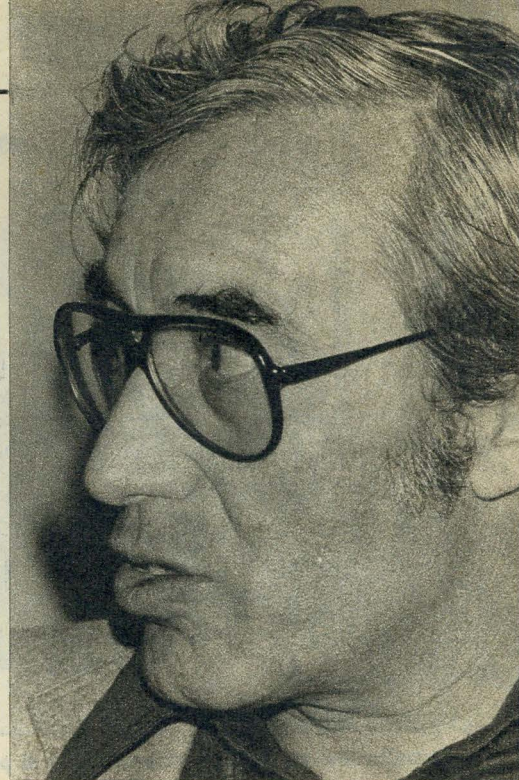
C. P.—Se apoya en el aparato jurídico, que en gran parte fue colaboracionista en las Fuerzas de Seguridad pública, a las que fueron dados amplios poderes por los Gobiernos de Mario Soares. Pero entiendo que en esta escalada de la represión también corresponde alguna culpa al PC, porque, como partido de la Asamblea de la República, no utilizó todos sus poderes oficiales en la denuncia de los abusos policíacos.

T.—¿Por qué no lo hizo?

C. P.—Bueno, el PC tiene pavor al alarmismo, como se sabe. Pero las razones fundamentales son otras. En primer lugar, la necesidad de estabilización... si es que eso es un motivo. Pero, por encima de todo, que el PC evita tocar por dentro las fuerzas militares, y en ellas está toda la contradicción del veinticinco de abril. Un puñado de capitanes hizo la revolución y dio una imagen nueva a las Fuerzas Armadas, que estaban desprestigiadas y eran impopulares. No fue nada más que un puñado de capitanes. Y todos los militares surgieron, de la noche al día, con un carisma evolucionado, más digno, más cultural. Y, claro, en esa masa castrense, que no fue saneada, dada la minoría de los capitanes de abril, existían a varios niveles militares comprometidos con la PIDE y con la represión en la época del fascismo. De ahí la extrema sensibilidad que ofrece el control del aparato del orden público y la dificultad de denunciar.

T.—¿Y el Partido Socialista?

C. P.—Se mitificó a sí mismo en un triunfalismo dramático. Menospreció los compromisos de la derecha, suponiéndose en situación de corregirlos o para absorberlos como contradicciones de emergencia. Es un partido de formación relativamente reciente que fue sorprendido por su llegada a un poder que le cayó en las manos. De ahí el nuevo riquismo del PS en el palacio de la Gobernación. El deseo de dar una imagen de orden y de poder constituido le llevó a copiar ciertas fórmulas, ciertos ritos palaciegos y ciertas exteriorizaciones que los políticos del régimen anterior exhibían sin contradicción. Pero eso es puramente superficial. Lo peor, me parece a mí, es que la praxis política del PS acusa muchas veces un gusto por el maquiavelismo liberal que hizo escuela en los republicanos de antes de Salazar que gravitaban en la política del caciquis-



"Los socialistas tendrán que constituir un frente con el PCP, por mucho que a aquéllos les desagrade".

mo y de las clientelas electorales. Este vicio llevó al PS a arreglos de transición perfectamente ingenuos y a oportunismos ridículos e innecesarios.

T.—¿Cuál es el papel de Eanes en toda esta crisis?

C. P.—Eanes es un Jefe de Estado de perfil presidencialista que se dice defensor de la Constitución, pero al que últimamente se le han sugerido hipótesis de enmiendas. Está naturalmente empeñado en continuar en la presidencia de la República, y creo que tratará de sacar provecho de esta situación para ganar apoyos en los sectores conservadores militares que le propondrán la candidatura en las elecciones de mil novecientos ochenta.

T.—¿Cuál cree usted que será la posición del Partido Socialista a partir de ahora?

C. P.—Muchas cosas van a depender de él. Como partido deteriorado y en cierto modo receloso de elecciones inmediatas, ha preferido aceptar un Gobierno derechista a enfrentarse con las urnas. Confía en que, hasta mil novecientos ochenta, podrá, desde la oposición, rehabilitar la imagen y la coherencia democrática que desperdició cuando gobernaba. Sin someterse a unas elecciones de problemáticos resultados, aceptará dos años de gobierno conservador, durante los cuales podrá impedir el avance reaccionario con el peso que le da seguir siendo el partido mayoritario en la Asamblea. Pero en dos años pasan muchas cosas. Crisis, convergencias, juegos de partido, muchas cosas que podrán alterar el esquema político portugués. Es en eso en lo que confían los reaccionarios, ya se sabe. Van a lanzar su ofensiva tan deseada, a parlamentar contra una Constitución verdaderamente democrática. Procurarán vaciarla, sumergirla con propuestas de enmiendas y con Decretos. Todo eso, todo eso... Pero en estos dos años de peligrosa espera, el PS es, más que nunca, responsable de la trayectoria del futuro portugués. Tendrá que constituir un frente con el PC, por mucho que le desagrade. Y por mucho que le desagrade también, tendrá que verse obligado a contradecir muchas de sus tesis políticas, de las que las derechas se quieren aprovechar y desarrollar. En la Biblia, como decía Shakespeare, se contiene hasta la defensa de los diablos. Pero en los Parlamentos políticos esa defensa cuesta cara: y la pagan millones de inocentes. ■